

Relatos de caza

por Mariela González «Gilraen»

Primer puesto, Premios Gandalf 2001



SOCIEDAD TOLKIEN ESPAÑOLA



—No sabemos nada, preciosso mío. No sabemos. ¡No nos hagas más daño! Nos duele, oh sí, nos duele, pobres manos y pobres pies, ¡gollum!

»Nosotros no lo tenemos. Era nuestro, sí, pero nos dejó. Se lo llevó él, ¿verdad, tessoro? Se llevó nuestro regalo de cumpleaños, y por eso lo odiamos, al pequeño ladrón Bolssón. Pero lo encontraremos y le retorceremos el asqueroso pescuezo con nuestras manos. Nos lo devolverá...

»¡Oh, no; no más! De veras que no sabemos dónde está el Tessoro, dónde está el maldito ladrón de la Comarca. ¡Duele, duele! ¡Gollum! ¡Dejadnos!

»Sméagol ayudará, oh sí. El preciosso será para Vos, y nosotros mataremos a Bolsón. Algún día, sí...

»Encontraremos el Tessoro...

* * *

Aragorn tensó con lentitud el arco y apuntó a la nuca del venado desprevenido inclinado sobre el pasto. Se tomó unos segundos para asegurar el blanco antes de soltar la cuerda mas, de pronto, una bandada de pájaros remontó el vuelo de forma inesperada a apenas una yarda de distancia. El cuadrúpedo asustadizo desapareció de un salto, y el montaraz solo pudo resoplar y maldecir mientras se adelantaba a recuperar la flecha, disparada demasiado tarde.

El cielo comenzó a encapotarse y un viento cortante se levantó, lo que contribuyó a agriar aún más su humor pésimo mientras regresaba al campamento. Allí, arrojando al aire volutas de humo por la pipa y con la mirada absorta en un pergamino viejo, se hallaba Gandalf el Gris.

—Ni siquiera he conseguido atrapar una condenada rata —gruñó Aragorn, sentándose con pesadez en el suelo junto a su compañero—. Estoy harto de cram. Daría lo que fuera por un maldito trozo de carne.

—No te exasperes y fuma un rato —replicó lacónico el mago, sin separar la vista del documento que examinaba con atención.

—Es la zona —continuó el montaraz, hablando más para sí que para Gandalf—. Las raíces de la tierra están consumidas y mueren con lentitud. Puedo sentirlo. Estamos demasiado cerca de... —bajó la mirada y no pronunció el nombre funesto—, y los animales huyen.

Gandalf enrolló el pergamino. Se frotó los ojos y miró a su amigo como si acabase de advertir su presencia. Sacó de su mochila un trozo de cram envuelto en hojas que mordisqueó mientras reflexionaba.

—¿Sabes? —dijo en tono casual—. He estado pensando.

—Quién lo diría —refunfuñó Aragorn con sorna.

—¿Cuánto tiempo llevamos tras Gollum?

—Hemos estado tres meses rastreándolo por las Tierras Pardas —respondió el Dúnadan, mesándose la barbilla—. Eso si no contamos las veces que nos hemos ocupado del asunto de forma intermitente durante los últimos ocho años.

—Creo que es demasiado tiempo perdido —dijo Gandalf, en tanto se frotaba las manos nudosas. Vació la cazuela de su pipa y volvió a llenarla de hierba, la última que le quedaba de la Comarca. Le ofreció un poco a su compañero, pero este rehusó—. Los días pasan con rapidez y la Sombra se extiende de forma inexorable. Hay mucho más que hacer, y últimamente una duda ha arraigado en mis pensamientos.

Gandalf calló y Aragorn, acostumbrado a sus parlamentos, aguardó a que continuara. Las nubes se agolparon en el cielo, ahora gris y pesado como un yunque que fuera a caer sobre ellos.

—¿Y si... el anillo del mediano no es el Único?

Un trueno retumbó a lo lejos.

Aragorn enarcó las cejas en un gesto de sorpresa. El viento agitó su capa raída. Con la mirada perdida, alargó la mano y tomó un pedazo de cram.

—Es una posibilidad que no habíamos considerado hasta ahora—murmuró consternado.

—Cierto. —Gandalf suspiró y dejó escapar un hilo de humo entre los labios agrietados—. Hemos sido bastante cándidos en este aspecto. En otro tiempo, existieron numerosos artefactos mágicos de poder semejante. Saruman me dijo una vez que el Único posee unas marcas en su interior que lo hacen inconfundible, mas no me aclaró cuáles eran. Solo tenemos una forma de averiguarlo, y es consultando a la última persona que lo tuvo en su poder.

Aragorn miró con socarronería a su compañero.

—¿Piensas resucitar a Isildur?

—No, por cierto —replicó el mago, torciendo el gesto ante la broma—. Pero se me ha ocurrido que tal vez dejó algo escrito, un diario quizás. Isildur era consciente de la magnitud del poder de ese anillo, y es posible que lo atestiguara de alguna forma. Así

pues, voy a ir a Minas Tirith y solicitaré a Denethor que me deje consultar los antiguos archivos.

—No te pediré que le saludes de mi parte —dijo el montaraz con ironía mientras se enderezaba y se sacudía los pantalones—. Bastante le disgustará verte como para recordarle el nombre de Thorongil. Pero te deseo suerte. Nuestros caminos se separan aquí.

»Yo también he estado pensando. Sea o no el anillo de Frodo el Soberano, Gollum es el nexo de unión. Sospecho que no somos los únicos que buscamos a esa criatura; y si en realidad el anillo es el que pensamos, debe haber marcado a Gollum de tal manera que se ve atraído sin remedio por una fuerza de semejante naturaleza... por la fuente de la que emana su poder —acabó en un susurro.

Gandalf se incorporó con rapidez. Con expresión alarmada, aferró el brazo de Aragorn.

—¿Qué diablos estás insinuando?

La oscuridad se cernió de súbito sobre ambos. El Dúnadan no respondió y clavó la mirada en el suelo. Un brillo extraño asomó a sus ojos; su rostro pareció petrificarse.

—Aragorn —la voz del mago se volvió severa, y hubo un deje leve de temor en ella —, si no quieres escuchar el consejo de Gandalf el Mago, escucha al menos el de un amigo: ¡No te acerques a Mordor!

—¡No pronuncies ese nombre! —siseó el montaraz, y de repente un relámpago estalló en el cielo, negro como la pez, iluminándolos con un fulgor azul fugaz—. No aquí. No tan cerca.

—Él sabe que puedo hacerlo —replicó el Istar. Durante un momento pareció crecer, y su figura, recortada contra la penumbra, resultó de veras amenazadora. Su compañero soltó con suavidad el brazo que le agarraba.

—Tengo un presentimiento —fue la respuesta breve.

Con parsimonia, el Dúnadan recogió su escaso equipaje. Gandalf frunció el ceño, observándole en silencio. Sabía que no podría detenerle. Aquel hombre poseía la terquedad y el temple de los héroes de antaño. No, no podría detenerle, y quizás no debería intentarlo.

—Bueno. —Aragorn se cargó al hombro la mochila y alargó el brazo hacia el mago—. Hasta que volvamos a vernos, que te vaya lo mejor posible.

—Cuídate, por favor —dijo Gandalf, estrechando la mano que le ofrecía.

El montaraz sonrió, le dio la espalda y comenzó a caminar a grandes zancadas hacia el este.

—Que las estrellas de Númenor te guíen, amigo mío —murmuró el hechicero.

La figura espigada se alejó con rapidez entre las sombras.

* * *

Como una serpiente de hielo, aquello se enroscó en torno a sus tobillos. Con espanto trató de zafarse, pero cada pulgada de su ser se paralizó ante el contacto de aquella cosa con un dolor indescriptible. Multitud de agujas ascendieron por sus piernas atravesándole los huesos. Intentó gritar, pedir ayuda, mas en el instante en que abrió la boca unas manos frías, demasiado gélidas para estar vivas, le rodearon el rostro. Y las voces, de nuevo las voces... Cada palabra era como un mordisco en el cerebro.

«Ven con nosotros».

Cada vez que trataba de aspirar una bocanada sentía que la garganta le abrasaba, como si alguien derramara lava en ella, y los pulmones se le hincharan de un vapor ardiente y asfixiante. Pronto, todo lo que pudo ver frente a sus ojos fue una espesa niebla roja, dolorosamente roja, y en medio de ella, brillando con burla, dos ojos rasgados y amarillos.

«Sabes que tienes que estar aquí. Lo sabes. Eres como nosotros...».

Horrorizado, bajó la mirada y contempló cómo la carne de sus piernas se secaba y pudría con lentitud. Los huesos blanquecinos quedaron al descubierto solo un instante; de inmediato se agrietaron y descompusieron por igual, convirtiéndose en polvo que el viento se apresuró a arrastrar.

Ahogando un grito, Aragorn despertó de súbito.

Pasaron unos minutos antes de que su mente aterrorizada volviera a la realidad y el corazón no amenazara con atravesarle el pecho. Un sudor frío pegajoso le bañaba por completo. Al respirar hondo tuvo un acceso de tos; tanteó el suelo a su alrededor, encontró su cantimplora y se calmó con un trago de agua que, en aquel momento, su paladar reseco como un trozo de cuero degustó igual que si se tratara del más añejo miruvor de Imladris.

Con un suspiro, levantó la vista al cielo. Una vez más sintió que se había quedado ciego. La oscuridad era sobrenatural en aquel lugar. Aunque lo sabía de antemano, ello no dejaba de sorprenderle e inquietarle. Las sombras parecían, sin duda, entes conscientes en el Valle de Morgul.

Pasar la noche en vela allí suponía una dura prueba mental. La maldad y el odio inundaban el ambiente, campaban a sus anchas en esencia pura, y se divertían torturando al mortal desprevenido adoptando la forma de sus temores más subconscientes y primordiales. No habían sido pocos los que se habían arruinado el entendimiento y enajenado por completo, o simplemente habían muerto de terror. No obstante, abandonarse en los brazos de Irmo no significaba una experiencia más reconfortante. Era en aquel estado donde los espectros adquirían un poder mayor y conseguían con más facilidad encadenar el espíritu del desdichado para que no regresara de aquella dimensión.

Entre ambas cosas, Aragorn prefería el enfrentamiento consciente con ellos. Su fuerza de voluntad se había templado lo suficiente durante sus largos años de vida como para no sucumbir a la locura, pero el sueño encerraba un riesgo mayor, pues en aquel valle las flores, grises y retorcidas como las falanges de un esqueleto, habían crecido regadas con la sangre de sus antepasados. Vidas incontables de valientes Dúnedain habían sido absorbidas por aquella tierra marchita, y no quedaba piedra sin maldecir por el último aliento de un guerrero moribundo. La sangre llamaba a la sangre; los fantasmas errantes reclamaban la vida de Aragorn, renegaban de su lugar en el plano físico.

Durante las ocho jornadas que el montaraz llevaba rastreando el Valle de Morgul y los Montes de Ceniza, había pasado tres días sin pegar ojo. Su constitución fuerte y la determinación con que concentraba todos los sentidos en examinar cada palmo del terreno se lo permitían, mas llegaba un momento en que las fuerzas lo abandonaban. Y era entonces, en aquellos lapsos breves de sueño, cuando las terribles pesadillas se cebaban con él. Por otro lado, los días no eran mejores. El sol brillaba pálido y enfermizo tras costras densas de nubes, como si ni siquiera él tuviera valor suficiente para desafiar a las sombras, dueñas legítimas de la región.

Aragorn había contado tres atardeceres desde que dejara atrás la Puerta Negra. No se había acercado demasiado, pero solo había resistido unos pocos minutos, detrás de una gran roca y con todos sus músculos en tensión, antes de dar la vuelta y alejarse con la respiración agitada y un leve pero humillante temblor en las manos. Diablos, no había sido la primera vez en verla tan próxima; sin embargo, esta vez había percibido algo distinto en ella, un poder más manifiesto y abrumador. Casi había podido sentir durante un momento una mirada flamígera clavada en él. Mientras se alejaba con paso apresurado, maldiciéndose a sí mismo y a su cobardía estúpida, las palabras de Gandalf le habían golpeado sin cesar en las sienes: «¡No te acerques a Mordor!».

Quizás tenía razón. Quizás, en los tiempos que corrían, tan cerca de la hora señalada, acometer aquella empresa era una pretensión demasiado arriesgada para un hombre solo...

Pero, en definitiva, ni cerca ni lejos del Morannon, ni a lo largo y ancho del Valle, había conseguido dar con la pista de Gollum. Podría escribir un diario con todos los movimientos y migraciones de las patrullas de orcos en la zona durante las seis últimas semanas, algo no poco meritorio en aquella tierra baldía, mas no halló ni una huella de la criatura. Y, no obstante, una voz le seguía diciendo que había estado allí. Todavía sentía que algo se le escapaba.

Saliendo de aquellas cavilaciones, se incorporó y avanzó unos pasos hasta encontrar un hueco de cielo entre la aglomeración de nubarrones. Contempló las estrellas y conforme a su disposición calculó la zona en que se hallaba. Siguiendo las constelaciones, ascendió por una loma pequeña y, de repente, todos sus nervios se paralizaron.

Allí, en la oscuridad, una sombra destacaba brillando con un fulgor helado. El viento se arremolinó en torno a ella. Aragorn escuchó el tintineo de los cascabeles de un arnés y el movimiento quedó de unos cascos, y sintió cómo aquella forma inconfundible giraba en su dirección. La respiración se le cortó de improviso y unos dardos fríos le atravesaron de arriba abajo.

El Jinete Negro le estaba mirando. Aunque seguía inmóvil en el mismo sitio, el Dúnadan lo sintió cerca, mucho más cerca, como si estuviera frente a él y tratara de envolverlo ondeando su manto de terror. A su alrededor, unas presencias invisibles se agitaron en desorden, cada vez más rápido, y riéndose. Sus risas eran desquiciadas; los espectros reconocían a su señor y disfrutaban imaginando el final horrible de aquel desgraciado.

«¡Basta!», gritó Aragorn en su interior, apretando los dientes que le castañeteaban, mas no de pavor, sino de frío. Sus músculos parecían haberse congelado y el montaraz casi no se atrevía a moverse por temor a que estallaran en pedazos.

«¡Basta ya! ¡Dejadme en paz!». Como si un garrote inmenso los hubiese golpeado, los espectros enmudecieron y se alejaron con brusquedad, dejando tras de sí un eco ululante. Pero el Jinete seguía quieto, observándolo. Aragorn enfrentó su presencia con idéntica impasibilidad. El frío le atenazó el cerebro y le impidió respirar....

De súbito, el espectro espoleó su montura y se alejó al galope. El sonido de los cascos desapareció demasiado pronto, como si en verdad caballo y jinete se hubieran fundido con la oscuridad. El montaraz, sintiendo que la sangre volvía a correr por sus venas, tomó aire con desesperación. Se secó el sudor de la frente con el dorso de la mano, haciendo un esfuerzo por permanecer en pie. Nunca el Hálito Negro había estado tan cerca de destruirle.

«Estoy agotado. No puedo seguir así, menos aún después de que me haya visto con claridad. He sido un estúpido. Se acabó. Si Gollum estuvo aquí, se fue hace demasiado tiempo».

Con paso cansino y un dolor fuerte de cabeza, Aragorn regresó a su refugio. Se tumbó sobre el suelo ceniciento, se envolvió en la capa, y por primera vez en mucho tiempo paseó en sueños entre las hermosas flores de Rivendel.

Apenas apareció un retazo de luz en el horizonte, se puso en marcha. Avanzó un buen trecho hasta el anochecer, y con alivio comprobó que a medida que bajaba al noroeste el terreno era menos reseco; algunas porciones de pasto amarillento a medio brotar se insinuaban aquí y allá. Poco a poco surgieron árboles dispersos, de ramas largas y tronco nudoso, y grupos de matorrales espinosos a los que el viento arrancaba un quejido al serpentear entre ellos. Las noches eran menos frías y siniestras; no obstante, aún permanecía una sensación malsana en el ambiente. Aunque el sombrío Valle de Morgul quedaba atrás, los dominios de los espíritus no acababan en él. Aragorn era consciente de ello, y también sabía que sus pasos le dirigían a las Ciénagas de los Muertos.

Al menos, el montaraz descansó algo más por la noche, y tuvo la ocasión de cazar un par de mangostas pequeñas como sustento, pues las provisiones de cram se habían extinguido casi por completo. La carne le duraría una semana y media, supuso, aunque albergaba la esperanza de toparse con algún asentamiento humano o una caravana nómada antes de ese plazo. En poco menos de una semana habría rodeado las ciénagas y alcanzaría las llanuras extensas de las Tierras Pardas.

Al término del segundo día desde que abandonara las proximidades del País de la Sombra, era palpable la cercanía de los pantanos. El suelo se hundía de forma leve bajo sus botas. Una humedad vaporosa inundó el ambiente y el horizonte quedó velado por la neblina. Aragorn se detuvo en lo alto de una colina y oteó durante un rato, con la mano a modo de visera. Pocas veces se había acercado a las temidas ciénagas, y menos aún se había aventurado en ellas. Por fortuna, nunca se le había perdido nada allí, pensó con una sonrisa torcida. Durante sus largos viajes había tenido la oportunidad de conocer a mucha gente y oír gran número de historias. Si bien no daba crédito a todas ellas, sí creía conocer lo suficiente como para mantenerse apartado de aquella zona, siempre y cuando fuera posible. En todo caso, había tenido bastantes fantasmas por una temporada.

En el oeste, la marmita del sol derramó su contenido dorado sobre los campos desnudos. El Dúnadan se estiró. Alejarse de Morgul había hecho que su humor mejorase de modo progresivo. Decidió que aquella noche se concedería un descanso un tanto mayor de lo habitual, por lo que descendió animado de su puesto de observación y buscó un lugar donde instalarse.

No muy lejos de allí, dentro de una hondonada, encontró un hueco lo bastante amplio como para darle cobijo. Antes de encender un fuego pequeño algo llamó su atención: pisadas de orcos. Inspeccionando con detenimiento el desnivel, halló algunos

jirones de tela gris prendidos en las rocas y un par de puntas de flecha de las que solían emplear aquellas criaturas. Las marcas no eran demasiado recientes; los orcos debían de haberse marchado una semana atrás. «Una lástima», se dijo Aragorn con humor siniestro. No le hubiera importado toparse con ellos y ejercitarse un poco. Habrían quedado algo más que trozos de capa como vestigio de su paso. Quizás aún podría encontrarlos más adelante, si apresuraba la marcha.

Una calma absoluta, como hacía tiempo no conocía, reinaba en la zona, y no tardó en rendirse al sueño. El viento soplaba manso, barriendo el suelo como si lo acariciara. A pesar de todo, una brisa leve más fría se levantaba de vez en cuando, a medida que la noche avanzaba. El montaraz la sentía en sueños en forma de escalofríos breves, y de forma inconsciente se removía y arrebujaba en la capa, refunfuñando como un gato haragán al que apartaran del calor de la chimenea.

Uno de aquellos intervalos duró más tiempo. A medias despierto, a medias hundido en las espirales de la inconsciencia, se frotó el brazo izquierdo. Una corriente helada se filtró por él y ascendió sinuosa. Se estremeció, pero su mente era reacia a regresar a la realidad. No por aquello... Aunque algo en su interior, una vocecilla irritante que sonó amortiguada como si procediera del fondo de un saco, le incordió para que despertase. Aragorn consiguió ahogarla, y con placer volvió a caer en las redes del sueño. Pero de repente la voz resurgió, esta vez con un tono ronco y siseante. Asustado, abrió los ojos de golpe y se encontró frente a dos pupilas brillantes y avariciosas que se inclinaban sobre él.

Con un chillido, la criatura trató de arañarle el rostro. Los reflejos del montaraz reaccionaron antes que ella, y de un manotazo la apartó y la hizo rodar lejos de sí. Se incorporó con rapidez y enarboló la daga con la que dormía. Buscó frenético a su agresor, con todos sus sentidos en guardia, mas lo único que estos le devolvieron fue el graznido lejano de un ave y el rumor casi imperceptible de la brisa entre los árboles. Esperó varios minutos, tenso e inmóvil, vigilando el movimiento de cada sombra. Al final, frunciendo el ceño, enfundó la daga en su bota y regresó con cautela al refugio. Fuese lo que fuere aquello que le había atacado, se había escabullido con una velocidad pasmosa.

Aragorn pasó el resto de la noche en vela, montando guardia. Aunque hubiera querido, los interrogantes que le acuciaban no le habrían permitido dormirse. Era evidente que lo que le había agredido no era un orco; uno de aquellos brutos estúpidos tendría las mismas oportunidades de sorprenderle que un castillo con patas. ¿Un trasgo, tal vez? Nunca había tenido noticia de que se encontrasen tan al este. A primera vista era, sin embargo, la única posibilidad. Pero, de todas formas, su manera de acercarse y desaparecer había sido demasiado sigilosa.

El montaraz esperó con ansia a que se encendiesen las primeras luces del alba. La sangre le bullía en las venas, toda suerte de elucubraciones surcaban a gran velocidad su

cabeza excitada. Por primera vez desde que iniciara su desesperanzado viaje, sintió que su corazón no estaba, quizás, equivocado por completo.

Tal como esperaba, la criatura misteriosa no se había desvanecido en el aire.

No resultó fácil hallar las huellas, lo que hizo que Aragorn felicitase en su interior a su adversario. Pero ahí estaban: unos pies planos con dedos delgados que subían por la cuesta a toda prisa, sin apenas tocar la tierra. Con una sonrisa de satisfacción, pegado al suelo y casi olfateando como un sabueso, las siguió, primero a lo alto del socavón y luego a lo largo de un espacio amplio. Si bien al principio se hizo complicado seguir el rastro, pues se colaba entre las rocas y a través de recovecos con sorprendente habilidad, con el tiempo el camino que seguían las huellas se volvió más recto y el terreno más blando, lo que les otorgó mayor nitidez.

Concentrado en reconocer y rastrear las señales, no se percató de que se adentraba en las ciénagas hasta que, al dar un paso, su pie se hundió en el barro. Sorprendido, retrocedió y levantó la vista por primera vez. Soltó un silbido entre dientes y torció el gesto con desagrado.

«Bueno. Qué le vamos a hacer».

La llanura rala se había esfumado. En su lugar, una maraña de lianas y ramaje flácido le rodeaba por doquier, como si fueran los cabellos ensortijados de un gigante. La atmósfera era opresiva; el manto de niebla que cubría el lugar apenas dejaba entrever el paisaje a unas pocas yardas de distancia, y la humedad se adhería a la piel con rapidez, filtrándose entre las ropas. Al montaraz, a quien le asaltaron enseguida picores molestos por todo el cuerpo, no le hizo gracia el cambio súbito de temperatura y se sorprendió añorando el frío, atezador pero reseco, que había dejado atrás en el Valle de Morgul. Tampoco le agradó en especial el tener que avanzar atravesando las porciones desiguales de tierra firme que flotaban como islas en medio del agua estancada, de la que emanaban efluvios fétidos. Si bien en ocasiones no entrañaba dificultad alguna transitar por ellas, otras veces no le quedó más remedio que avanzar a través del lodo, en el que se hundía hasta los tobillos. En aquel terreno, las huellas que seguía se marcaban con claridad. No obstante, como si la criatura hubiera previsto tal circunstancia, había continuado su itinerario a través del agua en numerosos tramos. Cualquier otro rastreador se habría perdido en poco tiempo, o simplemente se habría desalentado y habría desistido de su empresa. Mas no así Aragorn, hijo de Arathorn. Pocos seres vivos podían afirmar haber escapado de su acoso, y menos aún indemnes. Como si en verdad el espíritu de Oromë el Cazador lo poseyera, sus cinco sentidos se hiperdesarrollaban cuando elegía una presa, por no hablar de su intuición innata.

No pudo precisar la hora que era; quizás mediodía, aunque la neblina entelaba los rayos del sol y tan solo variaciones leves de intensidad en la luz grisácea hacían ostensible el paso del tiempo. En cualquier caso, a Aragorn no le importó. Sus músculos no se hallaban entumecidos ni su mente embotada; no sintió más que júbilo, un

entusiasmo salvaje y desbocado que casi le equiparó en verdad con un depredador. Allí, por fin, a escasas yardas, se encontraba su objetivo. Oculto como estaba tras un árbol de tronco grueso, su primer impulso fue atravesarlo con una flecha. Sin embargo, su consciencia le permitió sobreponerse a sus deseos primarios, y detuvo su mano cuando entresacaba un proyectil del carcaj. Lo necesitaba con vida. No fue solo esta certeza lo que lo mantuvo inmóvil, sopesando sus posibilidades, sino también el escrutinio intenso al que sometió a aquel ser, el más extraño con el que se había enfrentado en mucho tiempo.

Pese a que sus rasgos recordaban en cierta medida a los de los hombres, antes parecía la parodia grotesca de un trasgo que un ejemplar de dicha especie. La criatura, encogida sobre sí misma y de tamaño no mayor al de un niño humano, presentaba un aspecto macilento y endeble. Aragorn se preguntó, maravillado, cómo aquellas extremidades famélicas, que daban la impresión de quebrarse en cualquier momento, habían sido capaces de transportarle de manera tan veloz y ágil a lo largo de parajes complicados. El color de su piel resultaba indescifrable, pues un barro verde le cubría el cuerpo casi por completo. Volvióse la cabeza abultada en su dirección un segundo, y en medio del rostro achatado el montaraz distinguió con claridad dos ojos azabache, los mismos que la noche anterior interrumpieran su descanso.

Saboreando la ventaja que disponía con placer maligno, el cazador concedió unos segundos a su presa desprevenida para observar sus movimientos. Esta se inclinaba sobre el agua y parecía absorta en la contemplación de algún objeto en el fondo del pantano, sin intención aparente de moverse. Se trataba sin duda de una situación inmejorable que el Dúnadan no desaprovechó. Se deshizo de sus pertrechos y con el sigilo de una serpiente se arrastró sobre el vientre despacio, entre los matorrales, hasta refugiarse tras otro árbol más cercano a su objetivo. Desde su nueva posición, escuchó la respiración siseante y entrecortada de la criatura. Su propio resuello se ralentizó y volvió quedo, como la calma que precede a la tormenta. Tensó los músculos y entrecerró los párpados.

De súbito, el cielo mismo se desplomó sobre la extraña criatura. O al menos así le pareció a esta. Confundida, rodeada por una forma oscura que le impedía respirar, chilló y se debatió con toda la fuerza de su cuerpo enteco, lanzando zarpazos y mordiscos a ciegas. Pero una presión más fuerte la inmovilizó contra su voluntad e hizo vanos sus esfuerzos; Aragorn sujetaba sus extremidades y le aplastaba el rostro contra el barro. Una de las dentelladas furiosas atinó en el antebrazo del Dúnadan, quien al sentir los colmillos afilados hundirse con profundidad en su carne ahogó un grito y aflojó su presa sin pretenderlo. El personaje grotesco no perdió la oportunidad y se impulsó en un salto desesperado, tratando de salir del alcance de su agresor. Más raudo fue este; con agilidad felina alargó el brazo y aferró el tobillo de la criatura. Lanzose esta hacia su cara, febriles las pupilas de ira, en un intento de sacarle los ojos. Tras un forcejeo, el montaraz consiguió eludir los zarpazos feroces y la golpeó contra una roca. Aprovechó entonces su aturdimiento momentáneo para inmovilizarla de nuevo y colocarle la daga en el cuello.

Jadeando, ambos contendientes se miraron fijamente, furioso uno y triunfal el otro, con una intensidad tal que casi saltaron chispas del encuentro entre sus ojos. Aragorn, presionando aún más el hombro por el que sujetaba al ser malhadado contra el suelo, soltó una carcajada sin alegría.

—Encantado de conocerte, Gollum.

* * *

El sonido del entrechocar del acero llegó a sus oídos, amortiguado por la distancia y acompañado por los correspondientes gritos de ánimo y esfuerzo procedentes de las gargantas juveniles. Gandalf, sentado al lado de la ventana, tomó el vaso de la mesa recia de madera en que se apoyaba, se lo llevó a los labios con lentitud y paladeó pensativo el vino suave de Dorwinion, del cual las bodegas de Minas Tirith estaban repletas. Al tiempo que degustaba el líquido exquisito, el mago lamentó una vez más en su fuero interno su carestía de tabaco, en concreto de su adorada Hoja Valle Largo. La planta mustia e insulsa que fumaban los hombres de Gondor no le satisfacía en absoluto; estaba convencido de que tarde o temprano la mitad de la población se envenenaría con sus vapores agrios. En efecto, si contara con su habitual provisión de la Comarca, la espera se haría más placentera.

Echó una ojeada a la jarra de vino, a unos palmos de él; constató, sopesándola, que aún le restaba la mitad de su contenido. «Espero que Denethor no pretenda tenerme aquí encerrado mucho tiempo más. No creo que favorezca a mi exigua reputación en la ciudad el hecho de que me embriague en sus aposentos».

Tras arrellanarse en la silla de madera y exhalar un suspiro, recordó una vez más el conciliábulo desabrido que había mantenido aquella mañana con él nada más arribar a la ciudad, en las primeras horas del día. Al parecer, su llegada no había sido oportuna. Las defensas se hallaban alborotadas debido a ciertas escaramuzas inesperadas por parte de los Haradrim, y algunos mensajeros de Ithilien habían comunicado nuevas de incursiones orcas en el sur. El polvorín que era Denethor no había tardado en estallar, y sus órdenes rápidas y vehementes habían corrido de un extremo a otro Minas Tirith, pasando de boca en boca de los capitanes con idéntica celeridad. Por ello, a Gandalf le había sorprendido que Denethor atendiera su demanda de inmediato y le recibiera con plausible cortesía. Sin duda, lo que pretendía era librarse de su presencia cuanto antes, se había dicho, pues su amabilidad fingida le había recordado al hechicero la paciencia con que se atendían los caprichos de un niño obstinado. Tal era el talante que mostraba el senescal hacia él, y en general hacia todos los de su profesión; pocas cosas había sido capaz de inculcarle su sabio padre Ecthelion, y desde luego una de ellas no había sido el amor hacia los Magos. Pero la máscara de dulzura se había quebrado en un rictus de desagrado al escuchar el motivo de la llegada de Gandalf.

«Muchos años han pasado desde la última vez que alguien penetró en esa cámara», había dicho con brusquedad, mirando al mago con los ojos convertidos en dos rendijas finas, como si quisiera penetrar en su alma. «Ni siquiera los eruditos y estetas de todo Gondor meten las narices en los registros antiguos ahora. No sé qué esperas encontrar tú en ellos que no debieras saber ya, Gandalf. Creo que hay otros asuntos más acuciantes que merecerían antes tu atención en estos momentos».

El Istar había previsto una reacción similar, por lo cual no se perturbó, sino que puso en marcha su ensayada defensa mental. Como era natural, no le había revelado sus verdaderas pesquisas. Lo único que deseaba, había afirmado, era consultar ciertos volúmenes de botánica que según había oído se hallaban confinados en la ciudad, donde habría de encontrar información sobre diversos componentes que precisaba para sus hechizos. Al escuchar aquello, Denethor había enarcado las cejas y mirado de soslayo, con burla, a dos de sus soldados que se apostaban impertérritos en la gran sala; definitivamente, aquel brujo viejo había perdido el juicio. Encogiéndose de hombros y con un brillo divertido en la mirada había accedido a su petición, no sin antes advertirle que no se demorase demasiado y que ningún libro, pergamino o semejante abandonaría la estancia en que se guardaban. Gandalf le había agradecido su condescendencia con una inclinación respetuosa. Para sus adentros, sin embargo, había reído victorioso.

El senescal le había indicado que aguardara en una de las habitaciones de la torre hasta que mandase a alguien que le guiaría a la cámara de los registros. De eso hacía, empero, varias horas. Con la única compañía de la jarra de vino que le habían obsequiado y observando como distracción el adiestramiento de los cadetes imberbes por la ventana, el mago había dejado correr el tiempo.

El mediodía se aproximaba y el enviado aún no había aparecido. Aunque la paciencia era una virtud que de forma inevitable había arraigado en su persona durante su incontable existencia, no era inmune al aburrimiento. Y cuanto más tiempo pasaba en aquella alcoba diminuta, entre libación y libación, más crecían sus preocupaciones y más intrincadas se hacían sus cábalas.

Una llamada en la puerta interrumpió sus pensamientos como respuesta inesperada a estos. Dando un leve respingo, se incorporó y se acercó a abrirla. Esperaba encontrar a algún sirviente taciturno que le conduciría a la biblioteca con expresión de fastidio y lanzándole miradas desconfiadas. Sin embargo, no pudo reprimir una exclamación de sorpresa al toparse con aquel rostro familiar en el umbral. Hacía bastantes años que no lo veía, mas no le resultó difícil reconocer a aquel joven de cabellos morenos recogidos en una coleta, rostro pálido y gentil, bien rasurado, en el cual brillaban dos ojos grises inteligentes y bailaba ahora una sonrisa.

—¡Feliz encuentro, Faramir! —saludó con alegría al recién llegado—. Ha pasado mucho tiempo. ¿Te envía Denethor a buscarme?

Faramir se rascó la barbilla, azorado, al tiempo que su sonrisa se ensanchaba.

—Lo cierto es que se lo pedí yo —confesó—. Acabo de regresar del sur con una patrulla y me enteré por casualidad de vuestra presencia. Como habéis dicho hacía... hacía tiempo que no nos veíamos, y deseaba saludaros.

Gandalf asintió, complacido, observando al sujeto de los pies a la cabeza. El adolescente impetuoso y nervudo que guardara en su memoria se había convertido en un hombre vigoroso y de porte noble, que destilaba experiencia y sabiduría a despecho de su juventud evidente. Algo no había cambiado, y al advertirlo, Gandalf esbozó una sonrisa bajo la barba: el respeto y la admiración que le imponía la figura anciana del mago.

Desde que era un niño, el hijo menor del senescal se había interesado por él, por las cosas que hacía y sabía, y se había convertido en su sombra durante las temporadas que pasaba en el castillo. Bien es cierto que al principio la curiosidad inagotable del chiquillo había incomodado al mago, pero con el correr de los años, conforme sus preguntas se volvieron más inteligentes y maduras y sus observaciones más perspicaces, Gandalf había comenzado a percibir la naturaleza admirable del Dúnadan, sorprendiéndose en ocasiones de sus capacidades. El hechicero sabía leer en el alma de los hombres como en un libro abierto, y pronto tuvo la certeza de que su «discípulo» no era hombre corriente. Estaba convencido de que el destino se encargaría de atestiguarlo.

—Bueno —Gandalf apoyó una mano amistosa en el hombro del joven—, el tiempo apremia, y dadas las circunstancias, no quisiera importunar a tu padre más de lo necesario. Acompáñame, pues, a la sala de los archivos.

El trayecto hacia la cámara a través de los corredores enrevesados y las intrincadas escaleras de caracol de la torre no se hizo tedioso. Faramir, quien era evidente que estaba encantado de contar con la audiencia del mago, pronto desató su lengua; así, Gandalf obtuvo información completa sobre los últimos movimientos de los Variags y los Haradrim, y de la reorganización de las defensas que había propuesto Denethor. Le satisfizo saber que su joven acompañante ostentaba ahora el mando de los montaraces del sur, posición desde la que hostigaba a los orcos a lo largo del territorio de Harondor. Para desilusión de Faramir, la conversación murió al encontrar por fin, tras descender por una galería sinuosa, una puerta gruesa de roble tachonada de hierro. Tres cerraduras vetaban el acceso, y en la parte superior se distinguía, aunque difuminado por el embate del tiempo, el dibujo de un árbol coronado por siete estrellas. Alumbrado por el resplandor de un par de antorchas en las paredes, el hijo del senescal introdujo las llaves correspondientes. La hoja se abrió protestando con un gemido ronco.

Gandalf penetró con ansia en la habitación, seguido por el cauto Faramir. El aroma a cerrado y a papel viejo los embriagó. Allá donde alcanzara la vista tan solo

distinguían estanterías repletas de libros o meras pilas de estos que subían hasta el techo. Asimismo, pergaminos y cajas polvorientas de contenido oculto se arracimaban por todas partes en completo desorden. En el centro, camuflados bajo un amasijo ingente de papeles y volúmenes, se veían un escritorio tosco y un taburete ennegrecido. El hechicero columbró en su mente la razón por la que ya nadie visitara aquel aposento; tal demostración de caos sería capaz de enajenar hasta al estudioso más avinagrado.

Con una mueca de pesar, Faramir se acercó a la mesa apartando con cuidado a su paso los libros que se esparcían por el suelo.

—En otros tiempos no muy lejanos, muchos se hubiesen disputado el privilegio de sentarse en este taburete —suspiró, retirando los documentos que se situaban sobre ambos muebles. Nubes de polvo se levantaron durante la operación y provocaron que Gandalf tosiera.

—Es cierto —corroboró este con un carraspeo—. En los años de tu abuelo, por no hablar de los antiguos reyes, semejante descuido hubiera sido impensable.

Se mordió la lengua por instinto al advertir la mirada torva que durante un segundo le había lanzado el joven capitán. Por un momento había olvidado en presencia de quién se encontraba. Regañándose por su impertinencia, se conminó a sí mismo a no nombrar la barca en casa del ahogado, como solían sentenciar los hobbits.

—Y hablando de antiguos reyes... —se aprestó a comentar Faramir, rompiendo así el silencio incómodo—, si no me equivoco, es en este estante donde se hallan las crónicas del final de la Segunda Edad; ya sabéis, el desastre de los Campos Gladios y todo aquello.

Gandalf emitió un murmullo de asentimiento, sin reparar en realidad en lo que su acompañante decía, ocupado en terminar de desalojar la mesa al tiempo que estudiaba los títulos de los tomos. Pasaron unos minutos antes de que se percatara del verdadero sentido de las palabras que este acababa de proferir. Al hacerlo volvió la mirada, y se topó con los ojos de su compañero. Había en ellos algo inusitado, no solo el brillo entre divertido y triunfal que destellaban; era una fuerza mayor, una energía primordial y escondida, capaz de sondear los entresijos de la mente como un águila que planea entre las fisuras de las montañas. Una energía que, sin pretenderlo, le retaba.

«Es natural», se dijo el mago, mientras frotaba el puente de su larga nariz con gesto cansado. «Al fin y al cabo es un Numenóreano. Y de los más valiosos».

—Sabes que la información que pretendo recabar no tiene nada que ver con botánica, ¿verdad?

—Cuando mi padre me lo dijo, faltó poco para que me riera en su cara. De todas formas, creo que él también sospecha de la veracidad de vuestra historia. Pero, en el

caso de que así sea, no va a molestarse en cavilar sobre ello. Tiene muchas preocupaciones en estos últimos tiempos, y ya sabéis lo que opina... bueno, de vos y... — Faramir se detuvo, teñidas sus mejillas de un rubor leve.

Gandalf sonrió y dio unas palmadas en el hombro del joven. Sus tiros al azar se habían acercado de forma peligrosa al blanco, debido sin duda a las dotes de videncia que los de su raza poseían en mayor o menor medida, aunque él no era consciente. Por el momento sería mejor no dar pie a elucubraciones más elaboradas.

—Tienes razón. Comprenderás que mi estratagema fue una manera de mitigar los recelos de tu padre, aun cuando estos no posean fundamento, a mi entender. Como «recompensa» por desenmascaramme, me ayudarás a sacar todos estos volúmenes. Necesito encontrar ciertos datos sobre las tácticas militares de Gil-galad —aventuró.

La expresión de felicidad que se extendió por el rostro de Faramir dejó claro que cualquier tarea que consistiera en ayudar al mago supondría para él un orgullo, así este le ordenara enfrentarse a una horda de trasgos pertrechado con un tenedor. Pronto se acumuló al lado del escritorio una columna nueva de libros, algunos más gruesos, otros menos voluminosos, todos ellos de hojas amarillentas y ostentando las cicatrices del tiempo. Una vez reunido tal material, Gandalf pareció olvidarse por completo de su compañero, y en verdad de toda realidad circundante. Inclinado sobre la mesa, concentróse en examinar los tomos añejos como si se sumergiera en ellos; la frente arrugada, los ojos hundidos bajo las pobladas cejas nevadas, el rostro contraído, grave. Faramir, quien no se atrevía a molestarle pero que a la vez consideraba una descortesía por su parte marcharse sin que se percatara, paseaba de aquí para allá ocioso, hojeando de vez en cuando algún archivo.

Con el paso de las horas, el Istar se impacientó. Poco o nada relevante hallaba en toda aquella documentación, y ninguna mención al Anillo. El celo con que Isildur se había empeñado en ocultar su existencia era extremo. Los ojos le escocían al descifrar con la luz mortecina que se filtraba desde el pasillo aquellas líneas que el tiempo había oscurecido, e incluso tuvo que recurrir a su vasto conocimiento de las lenguas para traducir algunos textos. De pie en un rincón sombrío, el hijo del senescal escrutaba sus esfuerzos sumido en sus propias cavilaciones.

Había repasado al menos quince volúmenes cuando, al final, el mago se desesperó. Fastidiado, cansado y con un dolor punzante en las sienes resopló, creando un halo de polvo a su alrededor, y cerró de golpe el libro que tenía frente a sí. Al hacerlo, algo llamó poderosamente su atención.

Había sonado a hueco. Aunque casi imperceptible, el oído fino de Gandalf había captado aquel matiz. ¿Cómo era posible que un libro emitiese tal resonancia? Era evidente que no se trataba de un objeto vacío. Tal vez sus sentidos agotados le habían gastado una jugarreta, una suerte de chantaje con el que exigían reposo. Aun así, volvió

a abrirlo, repasó con rapidez las páginas y tanteó la cubierta, encontrando la solución al enigma.

Tamborileó con los dedos sobre la contracubierta, descubriendo así que era esta la que parecía guardar aire en su interior. En efecto, su grosor duplicaba al de la parte delantera; más aún, el forro parecía estar un poco despegado. Sintiendo cómo la energía corría por sus manos huesudas, tiró de este y dejó al descubierto un fondo doble dentro del cual descansaba un papel ajado doblado en varias partes. Lo sacó y desplegó de forma precipitada, y tras leerlo con avidez sus pupilas se dilataron y se iluminó su faz lívida.

—¿Qué sucede? ¿Habéis encontrado algo? —Saliendo de las sombras, Faramir se aproximó al anciano. Antes de que llegara a su altura, este musitó unas palabras y recorrió con un pase veloz de su mano la superficie del pergamino. Su compañero no pareció apercibirse de ello.

—Oh, no; no es nada —dijo Gandalf, conteniendo un deje de emoción en su voz que, no obstante, revelaron sus gestos, pues se puso en pie con energía y se acarició la barba—. Tan solo he recordado algo que puede serme de utilidad, mas por desgracia no se halla aquí. Debo marchar de inmediato. ¿Tendrías la amabilidad de volver a colocar todos estos libros en su lugar? Lamento abusar de tu cordialidad, pero...

—No os preocupéis —le interrumpió el capitán, y sin dilación levantó una pila de volúmenes y se dirigió a la estantería. Apenas le hubo dado la espalda, Gandalf tomó un pergamino del suelo y lo giró. Pronunció en voz baja una fórmula breve y al instante el envés liso se cubrió de trazos de pluma. Acto seguido, desapareció en el interior de la túnica del mago.

* * *

Horas más tarde, a lomos de un alazán joven, Gandalf el Gris traspasó las puertas de Minas Tirith. El día agonizaba en el horizonte frente a él y las nubes se arremolinaban en una mancha carmesí. Delante tan solo veía la planicie llana y pardusca de los Campos de Pelennor, tan despejada como se hallaban en verdad sus propios pensamientos. Avanzó en un trote suave unas cuantas yardas, mas se detuvo unos momentos para, con gesto mecánico, sacar de su bolsillo el pergamino consumido y releer el contenido que había inscrito en él. En realidad, no era necesario, pues bien sabía que aquellas palabras nunca se borrarían de su memoria. Había encontrado el testimonio de Isildur, y en él mucho más de lo que esperaba. Por fin veía con claridad la senda por la que debía discurrir.

Clavando los talones en el flanco de su corcel, instó a este al galope y se perdió con una estela de polvo por la vasta llanura.

Únicamente una figura, solitaria y erguida, enmarcada por la aureola dorada del crepúsculo, observó desde las murallas de la ciudadela la partida del Peregrino Gris. Entornando los ojos para protegerse de los rayos del sol, lo siguió con la mirada hasta que se fundió con las brumas del horizonte. Tan graves sus divagaciones como su rostro, Faramir permaneció inmóvil, apoyado en las almenas, mientras el cielo se oscurecía y las constelaciones de los Valar iniciaban su viaje. El ensombrecimiento rápido del firmamento se le antojó un presagio macabro de los tiempos que estaban por venir. Absorta su atención, no advirtió la presencia del recién llegado hasta que una mano enguantada se posó en su hombro. Dio un respingo, que se trocó de inmediato en una sonrisa al descubrir a aquel que lo había sorprendido.

—Te has puesto blanco, hermano —dijo el hombre, guiñando un ojo con expresión divertida.

—No esperaba que regresaras tan pronto, Boromir —saludó a su vez el joven capitán—. Me alegro de verte.

Boromir le palmeó la espalda y se acodó a su lado sobre la piedra.

—He oído que las cosas no van demasiado bien por Ithilien... —comentó.

—Nada va demasiado bien en ninguna parte —musitó Faramir, meneando la cabeza.

—Ya lo creo —suspiró su hermano, fija la vista en un grupo de aves que se deslizaban en círculos sobre ellos. Su voz adquirió un tono apagado, sombrío—. ¿Sabes? Anoche volvió a suceder.

»He vuelto a tener... aquel sueño.

* * *

Un grito discordante rasgó el velo de la noche y se elevó sobre los árboles. Una pareja de cuervos que dormitaba en una rama emprendió el vuelo sobresaltada.

—¡Por los ojos de Mandos, deja de gimotear! ¡Me estás volviendo loco!

Como respuesta, Gollum emitió un aullido largo y quejumbroso que puso a Aragorn los pelos de punta.

—El hombre alto es malo, mi precioso. Nos pega, nos ata y nos insulta. Todo el mundo maltrata al buen Gollum. Todos, todos, y Gollum no sabe nada. Oh, no, queremos irnos. Pesscado, pesscado...

La cantinela volvió a empezar; frases incoherentes acompañadas de gorgoteos y silbidos semejantes a los de una tetera en el fuego. Aragorn resopló y reclinó la cabeza en el tronco contra el que se apoyaba, rendido. Al parecer, no había forma de que se callara, excepto amordazándolo, y había desistido de ello tras un par de intentos en los que las dentelladas feroces habían estado a punto de alcanzarle por segunda vez. No, le bastaba con tener las marcas de sus dientes en el brazo izquierdo como recuerdo de su primer encuentro. Se palpó con gesto ausente el vendaje precario; la herida aún le escocía como consecuencia del unguento que se había aplicado.

Por otro lado, le había costado un esfuerzo considerable atarlo de manos y pies. Mirando de reojo a la patética criatura, que se debatía en el suelo fangoso lamiéndose los dedos, sintió una punzada de remordimiento. Algo le decía que no hacía mucho había tenido que soportar un tormento semejante, aunque más espantoso, a juzgar por el brillo de terror que de cuando en cuando advertía en sus ojillos negros. Hubiera preferido no verse obligado a inmovilizarlo, mas era la única manera de detener su frenesí y contener su agresividad. Después de un rato tratando de deshacerse de las ligaduras con violencia, Gollum se había quedado quieto, como si hubiera perdido el sentido, y al momento había comenzado a lloriquear como un cachorrillo. Tan repentino cambio de actitud había maravillado a Aragorn; no obstante, tras varias horas soportándolo, casi prefería volver a lidiar con él antes de que le estallara la cabeza.

—Bueno, vamos a ver —habló el montaraz, armándose de paciencia. Su interlocutor cesó un instante sus gemidos y clavó en él una mirada de cordero degollado—. No tengo intención de aguantarte mucho más, de modo que si me dices lo que quiero oír podrás largarte a comer pescado, o donde desees. Sé que te gustan las adivinanzas, así que vamos a jugar un rato, pero a mi manera, ¿de acuerdo?

Gollum inclinó la cabeza y soltó un sonido extraño que Aragorn interpretó como un asentimiento.

—Perfecto. —El Dúnadan esbozó una sonrisa torva—. Primera pregunta: ¿qué te sugiere el nombre de Bolsón?

—¡Bolssón! —Aragorn se sobresaltó cuando, nada más oírlo, el cuerpo huesudo del cautivo se estremeció de arriba abajo, como si un rayo hubiera impactado en él. Apretó los dientes con una mueca de odio horrible y la baba le goteó por las comisuras de los labios—. ¡Bolsón! —repitió—. ¿Has oído, tesoro mío? ¡Es amigo de Bolsón! ¡Lo sabíamos, ssí! El hombre alto también es un ladrón, pero no tenemos nada para él, claro que no. Ni para nadie. ¡Odiarnos al pequeño Bolssón, lo odiamos para siempre!

—Quizás Bolsón sepa menos que tú sobre el arte del latrocinio —continuó el Dúnadan. Su contrincante posó en él unos ojos poco amables—. Eres consciente de lo que hablo, ¿verdad? ¿Quién te lo dio, Gollum? O tal vez debería preguntar a quién se lo quitaste.

»¡Vamos, vamos! No me mires así. Espero que no hayas olvidado que estás en inferioridad de condiciones... por tu propio bien. Llevo mucho tiempo siguiéndote, y he pasado por peligros incontables; creo que me debes una compensación por tantas molestias. Solo te pido respuestas, o que al menos corrobore mis asertos. No es la primera vez que has estado más allá de los Montes de Ceniza, ¿me equivoco? ¿Volviste a entrar esperando encontrar otro «tesoro»?

—¡No es verdad! —chilló Gollum—. Nunca hemos estado en ese horrible lugar oscuro, pobres de nosotros.

—No desperdicies tus energías tratando de confundirme —replicó el montaraz con frialdad—. Te dije que he ido tras de ti durante muchas jornadas. Mi instinto no suele fallarme. Creo que te has acostumbrado a la carne de orco, y por eso me atacaste la noche anterior. Debiste de probar mucha allá de donde venías...

La boca del ser grotesco se torció en una mueca maliciosa, y una suerte de risa gorgoteante brotó de su garganta.

—Pensamos que era un trasgo, ¿verdad, mi preciosso? Un jugoso y tierno bocado de trasgo, mejor que el orco, sí. Pero Gollum ha aprendido mucho más... Gollum sube a los nidos si quiere y sorbe pequeños huevoss, y roba deliciosas crías de los hombres malvados. Tan crujientes, tan dulces... —se relamió—, *gollum, gollum...*

—¡Cállate! —rugió Aragorn, espantado al oír aquello—. No me des motivos para segarte el cuello, miserable. ¡Responde de una vez! ¿Cómo encontraste el anillo? Te dejaron salir de Mordor con una misión, ¿no es cierto? ¡Dime cuál es!

Perdiendo la calma, el montaraz se puso en pie y se irguió amenazador sobre su prisionero.

—¡No, no! —gimió la criatura con voz ronca—. ¡Nada de misiones para el pobre Gollum! Huimos, sí, y nos costó mucho. Hierros y patadas, sí, pero conseguimos salir. ¡Y queremos irnos muy lejos, preciosso mío, muy lejos!

Gollum se cubrió la cabeza con los brazos y hundió el rostro en el barro. Todo su ser se convulsionó. Aragorn contuvo la ira al verlo y sintió un escalofrío. La simple mención del nombre de Mordor había bastado para convertirlo en la imagen viva del sufrimiento físico y mental.

«Está claro que así no llegaremos a ninguna parte», se dijo al fin, frotándose los ojos doloridos. «Estoy cansado, y me pregunto qué habrá pasado este desgraciado para enfermar de terror de esta manera».

—No acabo de creerme lo que dices —habló, en un tono más sosegado—, pero lo dejaremos por hoy. Acabarás revelando la verdad; si no a mí, a otros. Ahora nos

conviene descansar a ambos. —Alzó la vista y escrutó el firmamento oscuro—. Es noche cerrada, o al menos eso parece. En este lugar es difícil aseverarlo.

Se aproximó a Gollum, quien reculó asustado al verlo; tomó el cabo de la cuerda con que lo había atado y lo sujetó a la rama de un arbusto. Una vez se aseguró que esta no se rompería de un tirón, se acostó apoyando la cabeza sobre su mochila. El terreno inestable estaba plagado de guijarros que se le incrustaron en la espalda, e insectos extraños correataron entre las piernas. Su prisionero reanudó los lloriqueos. Definitivamente, iba a ser una noche muy larga.

Antes de conciliar el sueño, Aragorn dio vueltas una y otra vez a las palabras de la criatura. Soltó un gruñido para sí.

«Nadie escapa así como así de Mordor...».

—¿Dónde piensa el hombre alto llevarnos? Nos duelen los pies, *gollum*.

Aragorn, que oteaba el horizonte subido en la rama de un árbol, casi perdió el equilibrio al escuchar aquel interrogante.

«Es cierto. ¿Dónde demonios voy a llevarle?».

El día acababa de despuntar, mas el panorama seguía resultando igual de desalentador. Era incapaz de distinguir un sendero practicable en aquella enorme extensión pantanosa, lo cual no solo hería su orgullo de montaraz, sino también, más importante aún, le creaba dudas serias sobre las posibilidades de abandonar la zona antes de que se terminasen sus reservas de agua. No había reparado, sin embargo, en la cuestión primordial.

Bajó al suelo de un salto y fijó la vista en Gollum, quien a su vez le sostuvo la mirada. No tenía intención, era evidente, de dejarlo en libertad; no después de lo que sospechaba de él y de su reticencia a hablar. Tampoco podía demorarse, pues otros asuntos reclamaban su atención. Se frotó el mentón, cubierto por la barba de un par de semanas, como era habitual en él mientras deliberaba.

«Veamos... Rivendel está demasiado lejos, y sé de alguien que me mataría si lo llevo allí. Si quiero ir a Lórien, tendría que conseguir una barca, y los hombres del río están muy quisquillosos últimamente».

—Iremos a un lugar muy alegre —dijo con una sonrisa burlona—. Te sentirás como en casa. Lo llaman el Bosque Negro.

—¿Y por dónde iremos? Seguro que el hombre alto sabe cómo encontrar la salida, ¿verdad, precioso? —Gollum le devolvió el golpe con malicia.

—No soy «el hombre alto». Me llamo Aragorn, si es que en verdad necesitas darme un nombre —replicó este malhumorado—. Y por supuesto que sé cuál es el camino. —Dando un tirón a la cuerda que enlazaba a Gollum por el cuello, comenzó a andar. Había resuelto avanzar hacia el norte al desistir de encontrar una senda que era evidente que no existía; en aquella dirección, tarde o temprano acabarían por salir a campo abierto. Pero algo le detuvo con brusquedad: el rehén había plantado los talones en el suelo y se negaba a moverse.

—Ya lo dijimos, nos duelen los piess. El hombre alto malvado nos tuvo toda la noche atados, y eso no es bueno para caminar, no... ¡arg!

Aragorn, ignorando sus protestas, tiró de él. La criatura forcejeó; de repente, saltó como una víbora y mordió el tobillo del montaraz. Este, por instinto, le propinó un puntapié en el hocico. El agredido no se inmutó. Un cambio repentino había obrado en él; su semblante quejumbroso había desaparecido para dar lugar a una máscara de malignidad. Parecía aún más macilento, y las venas se le habían hinchado en el cuello. Se enfrentó a su captor unos instantes, respirando de forma entrecortada y silbando a través de los dientes. El Dúnadan, con la mano libre en el pomo de la espada, no salía de su asombro ante el resurgimiento de la segunda personalidad de su prisionero. Aquello no hizo sino aumentar sus recelos y su convencimiento de que la pequeña criatura que tenía delante podría resultar ser más peligrosa y dañina de lo que en un principio se había figurado. Había en ella algo oculto, una veta de perversidad que no debía ser menospreciada.

—¡Vamos! —Haciendo acopio de fuerzas, tironeó de la cuerda con violencia y la arrastró al frente—. Caminarás a buen paso por delante de mí y me obedecerás, si no quieres que esta noche te ate de nuevo.

La jornada resultó extenuante. Al llegar al corazón de las ciénagas les invadió un calor sofocante y la orilla de los pantanos se estrechó. En más de una ocasión vadearon alguno de ellos, una experiencia francamente desagradable: el hedor que despedía el agua casi llegaba a asfixiarlos, y al salir debían dedicar varios minutos a desprenderse de las sanguijuelas que se les habían adherido al cuerpo. Gollum no cesó de demostrar su dualidad: tan pronto se mostraba sumiso como se lanzaba contra su opresor. Aragorn recurrió a llevar desenvainada la daga y lo amenazaba con ella durante sus accesos de furia. Pese a tantos contratiempos, al caer la noche habían recorrido un buen trecho, siempre hacia el norte.

—Tú ya habías estado aquí, ¿verdad? —afirmó, más que preguntó, el montaraz, una vez se detuvieron a descansar. Los ojos de Gollum centellearon al oírlo.

—Oh, claro, mi precioso. Gollum ha estado en todas partes, es un asqueroso mapa de la Tierra Media con patas...

«Ha estado aquí», confirmó su acompañante, dejando de prestar atención a los improperios que el esperpento seguía profiriendo. «Pero no voy a pedirle que me diga si seguimos el itinerario correcto. No me fío de él, y en todo caso no me contestaría».

Se hundió en cavilaciones oscuras, al tiempo que devoraba una tira de carne seca. Transcurrido un rato, se percató de que la criatura, atada a unas yardas de él, le miraba con avidez.

El Dúnadan frunció el ceño. No le agradaba la perspectiva de compartir sus escasas viandas con aquel desgraciado, aunque por otra parte no podía dejarlo morir de inanición. Adivinando sus pensamientos, Gollum rezongó:

—Queremos pescado.

—Pues «vais» a tener que desechar la idea —masculló Aragorn—, porque carezco de él. Todo lo que tengo es esto. —De mala gana, arrancó un trozo de carne y se lo arrojó. Como un perro que aguardase a los restos bajo la mesa, Gollum se abalanzó sobre él, para enseguida escupirlo entre maldiciones.

—¡Arg! ¡Ratas y lagartijas! Tratas de que comamos un trozo de cuero, eso haces. No queremos carne reseca y amarga. Queremos pescado, sí, un hermoso y dulce pescado...

Al decir esto miró con interés el agua, relamiéndose los labios. El montaraz soltó una carcajada.

—¡No pensarás que te dejaré sumergirte ahí para que escapes! No me apetece desperdiciar la poca comida que dispongo, de modo que la elección es tuya. Si no quieres comer lo que tengo, tendrás que escarbar en busca de raíces. Además, ¿crees de verdad que ahí vas a encontrar peces? —Se estremeció al recordar el contacto de las formas viscosas que había notado en aquellas aguas.

De forma sorprendente, el extraño personaje no volvió a mencionar el tema, ni tampoco abrió la boca. Se acostó con la cabeza entre los brazos, abatido. Al poco rato, también su compañero se sintió soñoliento y cayó dormido. No habían pasado más que unas pocas horas cuando un chillido aterrorizado hendió el aire despertándolo de sopetón.

El grito había escapado de la garganta de su prisionero. El mismo Aragorn ahogó una exclamación al mirar alrededor. En el suelo, en las ramas de los árboles, en los arbustos o levitando sobre el agua... todo en torno a ellos estaba plagado de una suerte de espectros pálidos danzantes semejantes a llamas.

Fuegos fatuos. Se trataba de la primera ocasión en que los veía. Había oído muchas leyendas, casi todas infantiles, y en honor a la verdad jamás le habían impresionado, excepto cuando era niño. Pero una cosa era la imaginación de un muchacho y otra muy distinta encontrarse de noche en un pantano siniestro a merced de una cohorte de fantasmas ondulantes. Soltando toda clase de juramentos, incluso alguno que ignoraba conocer, se puso en pie tan rápido como pudo y se colocó al lado de Gollum, quien daba alaridos con la faz desencajada.

—¡Cállate! —le espetó el Dúnadan, e intentó pensar con celeridad. El círculo de espectros se estrechó en torno a ellos.

Se le encogió el corazón al darse cuenta de que en el interior de aquellas llamas frías había rostros, faces albas que le resultaban espeluznantemente familiares. Acudieron a su memoria como fognazos rápidos: amigos, parientes, gente que él mismo había matado...

—¡No pienso sucumbir a vosotros! —gritó de pronto, saliendo del trance. Con un movimiento veloz, tomó su espada y la descargó contra una piedra con fuerza. Las chispas alcanzaron un arbusto cercano, que se encendió con un chisporroteo.

Tal como había supuesto, el fuego amedrentó a los no muertos. Se convulsionaron agitados, y un sonido hueco penetró con dolor en los oídos de los dos vivos. Tan rápido como habían aparecido, los fuegos fatuos se esfumaron en la oscuridad.

Aragorn parpadeó, confuso. Habría jurado que todo había sido un sueño, de no ser por el arbusto que ardía y los gemidos de Gollum, todavía conmocionado. Extinguió el fuego incipiente y se arrodilló junto a la criatura.

—¡Vienen a buscarnos! —se quejó esta—. ¡Él lo sabe, sabe dónde estamos! ¡No más fuego, no más látigos, dejadnos! ¡*Gollum, gollum!* ¡Lo encontraremos, lo encontraremos de veras!

Aun cuando tales palabras lo inundaron de suspicacia, era evidente que, si no hacía algo, la locura acabaría por matar a aquel miserable. Y en ese momento no se le ocurrió mejor solución para tranquilizarlo. Lo izó agarrándolo de los tobillos y lo sumergió hasta el pecho en la ciénaga.

Gollum se revolvió y chapoteó, salpicando del agua pestilente a Aragorn, y la superficie se llenó de burbujas. Mas, de súbito, los músculos del humanoide se relajaron, y su cuerpo quedó laxo. Alarmado, el Dúnadan lo sacó del agua. Al verlo, exhaló un suspiro de alivio.

Con mirada triunfal, sostenía entre sus dientes un pequeño pez grisáceo.

Aragorn cerró los ojos, exhaló un suspiro y rogó a todos los Valar que se le pasaron por la cabeza que aquella visión no fuera sino un espejismo desagradable. Pero nada cambió al volverlos a abrir. Un sentimiento repentino de angustia se apoderó de él; las fuerzas le abandonaron y se dejó caer en el cieno. Gollum, a su lado, lo observó con la cabeza ladeada como un perrillo que no comprendiese la actitud de su amo.

—¿Cómo diablos atravesaremos eso? —jadeó el montaraz.

Su mirada desalentada recorrió la superficie oscura del pantano que se abría ante ellos una vez más, constatando que en verdad sus sentidos no le engañaban. Se trataba, con mucho, del más extenso de todos con los que se habían topado en aquel paraje desgraciado. La orilla opuesta, oculta en la bruma, apenas se distinguía desde su posición. Agarró del suelo una piedra de tamaño mediano y la lanzó con energía al interior de la laguna; atento, escuchó la resonancia que produjo al sumergirse en las aguas.

—Resulta evidente que es bastante más profundo que los anteriores —masculló, torciendo la boca como si tales palabras le dejaran un regusto amargo en el paladar. Calculó que, en la zona más profunda, el nivel del líquido le cubriría por entero. Y cruzarlo a nado otorgaría a su prisionero una oportunidad magnífica de escapar.

Abrumado ante la situación, intentó serenarse para dilucidar con mayor claridad. No podía dejarse vencer por aquel último escollo, pues estaba persuadido casi con total certeza de que la salida se hallaba muy cerca. Pocas cosas había deseado tanto alguna vez en su vida como alejarse de aquel lugar. Abstraído, dejó de prestar atención a Gollum, y no advirtió que este tironeaba con ansiedad de la soga que lo sujetaba.

De súbito, la cuerda se deslizó de los dedos de Aragorn y aquel salió disparado. El Dúnadan reaccionó presto y consiguió asir el cabo. La sacudida brusca frenó a la criatura y a punto estuvo de estrangularla. Entre toses, dirigió a su captor una mirada furibunda.

—¡Nosotros también queremos irnos de aquí, *gollum*! —gruñó—. Mientras el hombre alto se lamentaba como un niño, intentábamos ver qué es aquello.

Señaló con un dedo huesudo una forma angulosa que sobresalía del suelo a pocas yardas de distancia, apenas distinguible en la niebla espesa. Frunciendo el ceño y sin aflojar la trailla, el montaraz se aproximó. Su expresión se trocó con rapidez en asombro.

—No me lo puedo creer... —musitó. Con mano trémula, palpó el objeto que tenía ante sí y respiró aliviado al comprobar que no se trataba de una aparición espectral.

Pese a encontrarse cubierta de moho y en bastante mala situación, no cabía duda de que aquello había sido una embarcación tosca de madera. Las tablas estaban corroídas por el tiempo y la humedad, algunas de ellas rotas, mas una mirada a su

alrededor, deteniéndose en las lianas elásticas y resistentes y en las ramas muertas que había por doquier, bastó para convencer al Dúnadan de que tan desvencijado estado tenía arreglo. Una sonrisa amplia asomó a su rostro circunspecto; de nuevo renacía en él la esperanza y se sentía rebosante de vitalidad. No así Gollum, quien se arrodilló a un costado del bote gimiendo y manoseando un objeto.

—No nos gusta esto, tessoro, no nos gusta nada —canturreó de modo funesto—. Oh, no, mi preciosso, no es nada bueno...

Algo en la cadencia de su voz provocó que un escalofrío recorriera la espalda de Aragorn. Se inclinó junto a él y se percató de que aquello con lo que jugueteaba era un hueso, sin duda humano. Enterrados en el barro había varios más, todos ellos amarillentos y consumidos, así como una calavera que sonreía macabra con los escasos dientes escasos que le restaban. Los despojos estaban marcados con hendiduras minúsculas que el montaraz identificó al momento como señales de mordiscos.

—Supongo que no te importará que tomemos prestada tu barca, amigo —murmuró.

No podía deducir qué había segado la vida de aquel infeliz, pero no le halagaba la perspectiva de averiguarlo. Reparar la embarcación cuanto antes se convirtió en algo perentorio. Contempló a Gollum, y una vez más leyó en sus pupilas aquel temor desconcertante; casi sentía que le estaba salvando la vida al llevarlo consigo. Por otra parte, sin duda era consciente del destino al que lo conducía... Recordó las palabras anteriores del extraño ser y, a regañadientes, se conminó a darle un voto de confianza.

—Parece que los dos tenemos prisa por largarnos de este lugar —dijo con brusquedad, mirándole a los ojos—. Así pues, tendremos que colaborar. No eres estúpido y te habrás dado cuenta de que nuestra única salida es arreglar esta barquichuela. Voy a fiarme de ti por esta vez, y de que no intentarás escapar, porque si lo haces, juro por la memoria de mis ancestros que ni siquiera te percatarás cuando te atraviese la garganta con una flecha.

En respuesta a aquel imperativo, la criatura inclinó la cabeza con humildad. Sin emitir sonido alguno, se encaminó hacia uno de los troncos gruesos revestidos de musgo y arrancó con cuidado una liana que se retorció en torno a él, como si hubiera adivinado los pensamientos del montaraz. Este, dirigiéndole una mirada torva no exenta de sospecha, emprendió una tarea similar. En poco más de un par de horas y sin apenas mediar palabra, los dos compañeros se las ingenieron para restaurar los maderos rotos y efectuar las reparaciones pertinentes que convirtieron aquel amasijo de tablas en una suerte de vehículo capaz de sostenerse sobre las aguas. No ofrecía muy buen aspecto, pero al menos no parecía que fuera a hundirse enseguida, pensó Aragorn con resignación.

Con suma cautela, lo impulsaron al interior de la laguna y embarcaron en él. Tras zozobrar unos instantes, soportó el peso y adquirió estabilidad, algo que en verdad sorprendió a ambos. Empleando una rama casi tan larga como él mismo, Aragorn comenzó a remar con un ojo puesto en la superficie nauseabunda del pantano y el otro en su acompañante, quien daba la impresión de encontrarse más inquieto que de costumbre y se aferraba a la borda con el semblante pálido.

Pronto, al llegar al centro del marjal, la neblina les cercó por todos lados. Siguiendo su instinto, el Dúnadan avanzó hacia delante, con la esperanza de no encallar en algún islote y haciendo esfuerzos ímprobos por distinguir más allá del velo grisáceo. De repente, algo sacudió la embarcación.

Fue apenas un temblor, como si una forma hubiera pasado veloz bajo ellos rozando el casco. Pero bien había aprendido el navegante improvisado durante su periplo que, en aquel lugar, los acontecimientos más nimios podían ser sinónimos de perdición. Se detuvo e intercambió una mirada con Gollum, que contenía la respiración y abría los ojos como platos; era obvio que también lo había percibido.

Transcurrieron algunos instantes en completo silencio; ni siquiera el viento barría las aguas cenagosas. Los sonidos habituales de las aves habían enmudecido, o al menos no se escuchaban desde su ubicación. Inmersos en la niebla, se dijo Aragorn, sin poder valerse de sus sentidos, se encontraban tan indefensos como dos hojas secas atrapadas por un remolino otoñal. Sin embargo, la barca permaneció inmóvil. Quizás había sido casualidad. Quizás habían pasado por encima de una rama suelta y no existía motivo para preocuparse.

De súbito, Gollum se arrojó al agua.

—¡Pescado! —gritó, sumergiéndose antes de que su cazador fuera capaz de reaccionar.

—¡Maldito bastardo, te lo advertí! —El Dúnadan lanzó a un lado la rama y enarboló el arco. Pero una nueva sacudida impidió que colocara la flecha en la cuerda, y poco faltó para que volcara la embarcación. Las aguas se levantaron frente a él y un torso negro y escamoso, inundado de pústulas, ocupó su campo de visión.

La criatura medía algo más de seis pies; su cuerpo se asemejaba al de un cadáver en descomposición, pues en algunos lugares la carne colgaba flácida o hecha jirones. La cabeza, mayor de lo normal en proporción, exhibía dos cuencas oculares vacías y una boca enorme en la que brillaban una hilera de incisivos blanquecinos. Era un necrófago, un heraldo de la muerte cuyo nombre no se pronunciaba ni siquiera en las canciones sin un escalofrío intenso y un cruzar de dedos. En aquel momento, la mente del montaraz, habituada a mantenerse fría cuando era preciso luchar por la vida, contuvo el pánico que pugnaba por dominarla y se obligó a actuar. Esquivó con desesperación el zarpazo del monstruo, retrocediendo, y cayó sentado en el fondo del bote. Un hilo de sangre le

recorrió la mejilla; una de las uñas oscuras, largas como cuchillos, le había alcanzado. El necrófago asió el extremo de la barca y empujó hacia abajo, intentando atraer a tan jugosa presa hacia sí. Aragorn plantó los pies con toda su energía en el suelo, casi en posición vertical, y contempló aterrorizado aquellos colmillos que lo despedazarían sin miramientos apenas se aproximara a ellos. Con un movimiento furioso, sacó una flecha del carcaj y disparó sin apuntar.

La embarcación volvió a caer con pesadez en el agua, y su ocupante con ella. El golpe le dejó sin aliento. Al mismo tiempo, un chillido horrísono le rasgó los tímpanos. Incorporándose a medias, distinguió a la criatura convulsionándose en agonía, con el astil de la flecha sobresaliendo del cuello, hasta desplomarse y desaparecer de nuevo en la ciénaga.

Sin embargo, la pesadilla no había terminado. Un nuevo grito le alertó; esta vez la voz le resultó familiar. Se puso en pie, haciendo caso omiso del dolor lacerante de su sien derecha y la calidez inequívoca de la sangre que fluía por esta. A unas yardas de distancia se erguía la siniestra figura de otro necrófago, tal vez mayor que el anterior, y cerca de él, en una ridícula confrontación, flotaba el famélico Gollum. Los dos seres bizarros se lanzaron el uno contra el otro; Gollum se aferró con uñas y dientes al antebrazo de su enemigo, mas este se desembarazó de él con una sacudida y lo lanzó al agua. Aragorn vio emerger el cuerpo enjuto, inconsciente, y cómo el necrófago avanzaba a cobrarse su pieza...

—¡No puedo creer lo que voy a hacer! —masculló, rechinando los dientes. Desenvainó la espada e imprecó al monstruo con toda la energía de sus cuerdas vocales, al tiempo que pateaba el bote y lanzaba estocadas al aire en un intento de atraer su atención.

La estratagema dio resultado. Consciente de su supremacía, el muerto viviente se giró hacia aquel personaje frenético que lo provocaba; su boca descarnada se abrió en una especie de sonrisa que heló la sangre del montaraz. Durante un momento, el tiempo pareció congelarse: monstruo y humano se enfrentaron en silencio, preparados para un lance del que solo uno escaparía con vida. El necrófago, con un aullido triunfal, se abalanzó con las garras extendidas. Aragorn saltó de costado hacia él y lanzó un tajo a ciegas.

El Dúnadan se hundió en el agua. Sintió el peso muerto de su adversario sumergirse a su lado a la vez, y la sangre oscura que brotaba a borbotones de su vientre extenderse en torno a ellos. La alegría de la victoria le embargó por momentos, pero el líquido pestilente que le penetró por las fosas nasales le obligó a sobreponerse: aún no estaba salvado. Soltó el carcaj y braceó con desesperación hasta salir a la superficie; una vez allí, alcanzó el cuerpo inerte de Gollum. Seguía vivo, constató, y se sorprendió al sentirse aliviado por ello. Se lo cargó a la espalda y empezó a nadar.

La cortina de niebla acabó por descorrerse y el pantano los vomitó en la orilla. Aragorn no fue capaz de discernir cuánto tiempo había transcurrido, ni tan siquiera si aquello era real. Pero lo fuera o no, el instinto de supervivencia actuaba de igual modo ya fuera en la vigilia o en los sueños. Extenuado, sintiendo cómo el agua cenagosa le abrasaba la piel, avanzó a gatas, insensible ante los pinchazos de los arbustos que atravesaba, deseando tan solo alejarse de la laguna malhadada. Al fin, en lo alto de una loma, se detuvo. Se tumbó boca abajo, dejando que Gollum rodara de su espalda. Su respiración agitada se calmó, sus músculos agarrotados se aflojaron. Y de improviso, al levantar la vista hacia el horizonte, se echó a reír.

Allí, al fin, se extendían los campos polvorientos de las Tierras Pardas.

* * *

El elfo joven giró la pesada llave en la cerradura y esta chirrió como un felino al que le pisaran la cola. Volvió a colgar el objeto oxidado en el cinto y escudriñó entre las rejas con fascinación, una vez más, al cautivo misterioso que se alojaba en la celda. Estaba seguro de poder oír el estremecimiento de sus huesos en la oscuridad.

—¿Seguro que estará bien aquí? —inquirió a su superior, un elfo de facciones rígidas que portaba un candil—. Parece muy enfermo.

El interpelado bufó.

—Ya oíste lo que dijo ese hombre, Aragorn. —Su voz retumbó en las mazmorras cavernosas, y por un momento fue como si las mismas piedras se encogieran al sentir aquel eco severo rebotar contra ellas—. No hay que fiarse de su apariencia, puede simular encontrarse en un estado inverso al real. Y recuerdo la cara que puso Thranduil cuando vio a esa pequeña criatura. Ignoro por qué motivo, pero estoy convencido de que este tal Gollum puede resultar muy peligroso.

—El humano que lo trajo también parecía agotado —comentó el otro, mientras avanzaban por el pasillo angosto hacia las escaleras—. Me sorprende que se marchara tan deprisa, rehusando descansar. Se comportaba como si tuviese una misión urgente que cumplir.

—¡Hum! Montaraces —dijo su compañero encogiéndose de hombros, como si aquella palabra explicase cualquier comportamiento excéntrico—. Gente de fiar, pero siempre apresurados. Olvidémonos de esto; todavía nos queda otro encargo por realizar.

—Es cierto, aquello de enviar aves mensajeras a Mithrandir...

Sus palabras se desvanecieron en la lejanía escaleras arriba, como fantasmas ahuyentados por el amanecer.

El crujir de articulaciones entumecidas se oyó en la celda que habían dejado atrás, acompañado por una cadena de gorgoteos guturales. Una única palabra inteligible se elevó en la oscuridad, un sollozo semejante al de un alma en pena condenada a la esclavitud eterna.

«Tessoro ...».